

DAEMONOLOGY

Chris Wraight

Maddened by his Legion's recent failures, Mortarion reluctantly delves into the mysteries of the warp



LA HEREJÍA DE HORUS

DEMONOLOGÍA

CHRIS WRAIGHT



Rodina e Iceman



Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarcas

MORTARION	Primarca de la Guardia de la Muerte

Consejo de Terra

MALCADOR EL SIGILITA	Regente y Jefe del Consejo de Terra

Personajes Imperiales de Terathalion

LERMENTA	Ciudadana de Terathalion

El mundo fue llamado Terathalion, denominado así por la abundante piedra preciosa que se encuentra en su cinturón ecuatorial, bajo montañas de cobre y hierro. Incluso durante el largo silencio interestelar, antes de que Ipssimus la diera a conocer, esas joyas verdes con irisado naranja habían sido extraídas, cortadas y pulidas para adornar los principales tesoros del planeta, los libros.

Terathalion era un mundo de palabras, donde se almacenaban documentos en mil lenguas humanas diferentes, siendo anotados, analizados y catalogados.

El mundo de las bibliotecas, como fue llamado más tarde. Un lugar donde el conocimiento se difundía, todo bajo la benigna dirección de los distantes maestros de Próspero. Durante cien años tras su reincorporación al Imperio, Magisters con armaduras rojo rubí habían sido visitantes bienvenidos y frecuentes, impulsados por la curiosidad o enviados en alguna misión por su venerado Primarca en busca de innumerables fragmentos de conocimiento. Estas visitas fueron secándose lentamente, como un exiguo goteo, mientras las demandas de la Gran Cruzada atraían a la XV Legión cada más lejos del imperio de Próspero, hasta que un día cesaron por completo.

Durante ese nuevo aislamiento, los maestros en funciones o temporales, pasaron a gobernar el mundo, no preocupándose excesivamente, ni buscando ninguna aclaración, respuesta o explicación en especial. La galaxia se había vuelto segura para el estudio, así que el paciente trabajo de Terathalion continuo sin pausa. Sabían que, con el tiempo, regresarían las legiones, ya que todos sabían que los Marines Espaciales nunca dejaban una tarea inconclusa.

En eso, no se equivocaron los maestros temporales, era todo correcto, excepto por los navíos estelares que con el tiempo surgieron desde el punto Mandeville en el año imperial 007.M31 y se desplegaron a través del sistema local. Estos no llevaban los elegantes iconos gloriosamente decorados de la XV Legión, eran leviatanes, grises como cadáveres, enormes y descascarillados.

Por otra parte, los llegados no eran un simple escuadrón, era un grupo de batalla al completo. Y a medida que los navíos de guerra fueron tomando posición sobre las, ridículamente escasas, defensas orbitales de Terathalion, incluso el más confiado de los supervisores del planeta sintió una sensación de intranquilidad.

Enviaron mensajes al acorazado gris, un colosal monstruo de la clase Gloriana, con los códigos de identificación táctica correctos, sin recibir respuesta alguna. Se transmitieron frenéticas órdenes para movilizar la red defensa, pero incluso ese gesto llego demasiado tarde.

Las apacibles gentes de Terathalion nunca habían sido testigos de la potencia de fuego al completo de la flota de una legión, por lo que difícilmente podrían ser culpados por no saber que esperar. Se quedaron mirando fijamente mientras comenzó el bombardeo, como si miraran un espectáculo o fuegos artificiales, el cielo se convirtió al blanco con hirvientes nubes. Impulsores magnéticos lanzaron un proyectil tras otro, hasta aniquilar el anillo exterior defensivo, luego el fuego de las lanzas, los láseres y el plasma destrozaron cada nodo de control y mando del hemisferio norte. Una lluvia de bombas incendiarias arrasó los centros urbanos, cayeron durante horas, en un bombardeo implacable que apenas dejo piedra sobre piedra. Lo poco que quedaba en pie fue incinerado por un abrasador huracán de promethium.

Los libros ardieron. Tomos milenarios, perfectamente conservados, reposando en cámaras de vacío, fueron desintegrados al quedar sus protecciones de cristal blindado destrozadas. Los archivos se convirtieron en túneles ardientes, volúmenes irremplazables se atomizaron en nubes de polvo abrasado.

Cuando finalmente ceso el bombardeo, los pocos supervivientes salieron lentamente de los refugios que habían sido capaces de encontrar, con sus oídos silbando y sus ojos llorosos. Por un momento, les pareció que habían cometido un terrible error con ellos, que lo peor ya había pasado y que satisfechos con la destrucción apocalíptica desatada por misteriosas razones, los atacantes pasarían a su siguiente objetivo.

Pero entonces, las sucias estelas de capsulas de lanzamiento rasgaron el grisáceo cielo, cubierto por el humo de mil incendios. Por toda la superficie de la recién torturada Terathalion, racimos de lágrimas de adamantium se estrellaron contra el suelo, vomitando escuadras de marines espaciales con armaduras gris pálido entre los escombros. Siguieron desembarcado, hasta que batallones enteros de guerreros acecharon dentro de la contaminada atmosfera, sus rostros ocultos por cascos terminados en una especie de parrilla. Con aterradora eficiencia, se abrieron paso de una devastada sección habitacional a la siguiente.

Ellos no hicieron preguntas, ni presentaron o exigieron demanda alguna. A medida que las réplicas de las tormentas de fuego cesaron en paisajes llenos de escombros y la lluvia ácida comenzó a caer sobre el metal aún caliente, los supervivientes de la arruinada Terathalion comenzaron a ser cazados como alimañas.

En Geryiadha, la una vez quinta ciudad más poblada del mundo, hogar de hermosas arboledas y de fuentes ajardinadas, la concentración de Marines fue superior a cualquier otro lugar. En la avenida principal, ahora una zanja salpica de humeantes escombros de rococemento, el propio aire tembló y se abrió entre fosforescentes y pulsantes brillos. El polvo serpenteo, arremolinado entre las montañas de escombros. De repente, una esfera de plata brilló con vida propia, retorciéndose, contenida por oscuras energías. Sonó un fuerte chasquido, rompiendo la frágil piel del orbe, convirtiéndolo en finos fragmentos que rebotaron hasta el otro lado de los escombros.

En el centro había ocho enormes figuras. Siete de ellas salieron de inmediato levantando largas guadañas entre sus pesados guanteletes. Las placas de sus armaduras estaban arañadas y quemadas, como si acabaran de llegar de alguna furiosa batalla contra enemigos mucho más peligrosos que lo que alguna vez pudieran haber encontrado en el mundo biblioteca. La octava figura se alzaba incluso sobre los anteriores gigantes. Su arcaica armadura, llena de oxido y marcada por lo que parecían profundos cortes de cuchillas, aún humeaba mientras se disipaban los helados restos de la disformidad. Ojos amarillentos brillaban debajo de la capucha de un sudario blanco hueso, enmarcados en un demacrado rostro con una mascarilla repleta de tubos de respiración, sondas y todo tipo de viales. Su expresión parecía angustiada, a pesar que no había nada en el planeta, que posiblemente, le pudiera perjudicar. Sus dedos se retorcieron mientras tiraba de su propia guadaña para colocarla en posición.

El crepitar de las llamas retumbó en la distancia, enmarcado por el chasquido apagado de los disparos de los bólters. Ardientes vientos atronaban a través del panorama urbano en desintegración, alimentados por los infiernos que aún ardían en las partes más altas de las torres habitacionales.

El Primarca Mortarion dibujó su primer aliento en la toxica atmosfera de Terathalion, barriendo con su mirada a través del bulevar.

-Encontradla- dijo con voz áspera.

Setenta años antes y a media galaxia de distancia, Malcador el Sigilita estaba bastante ocupado cuando llego la alerta. El primer señor de Terra estaba siempre ocupado, los asuntos civiles de un Imperio en continua expansión, era mucho más de los que un solo hombre pudieran manejar.

En cierto sentido, por supuesto, él era mucho más que un hombre. Era una aberración, al igual que todos los seres poderosos de la galaxia eran aberraciones, una fluctuación aleatoria en las mareas psíquicas, una anomalía en medio de los miles de billones que componían la creciente masa de la humanidad.

Sin embargo, eso no permitía escapar a la creciente carga del inmenso Imperio. Cada vez que firmaba una orden ejecutiva, como la Hidra, otras nueve tomaban su lugar. Con cada cumplimiento llegaban nuevas demandas de iteradores, asimiladores culturales, rememoradores, terraformadores, tratados comerciales. Miró la larga lista de los comunicados diplomáticos entrantes y su anciano corazón se desplomó.

Cuando la alerta sonó en el comunicador que portaba al cuello, fue bienvenida.

-**Mi señor**- dijo la voz del comunicador, por el canal reservado para las trasmisiones urgentes. -**Mi Señor, él está aquí y no voy a poder disuadirlo**.

Malcador se levantó de su antiguo escritorio y cogió su bastón, bellamente rematado por un Aquila imperial. -**Entendido. Estaré ahí en breve**.

Se acercó rápidamente a través de sus aposentos privados, luego salió a los pasillos del Palacio Imperial. Los cortesanos y delegados políticos arrastraron sus pasos fuera de su camino, ya fuera porque no tenían ni idea de quién era y no tenían ningún interés en cruzar miradas con él, o porque sabían exactamente quién era, en cuyo caso no se atrevieron. Paso junto a columnatas forradas de imágenes, cámaras ajardinadas y bibliotecas, sus pasos silenciados por sus mocasines de blanda suela.

Poco a poco, las filas de cortesanos dejaron de aumentar y se desvanecieron, fueron reemplazadas por el rojo y oro del Mechanicus y de la Legio Custodies. Nadie le cerró el paso ni le pidieron identificación alguna, en los niveles más internos de palacio, todos sabían su nombre y lo que su sencilla Aquila de su bastón representaba.

Llegó al estrato de excavación, el funcionario que lo había llamado se apresuró hacia él, con una mirada de disculpa en su rostro.

-**Lo siento, mi señor**- dijo.

-**Está bien Sefel, tranquilo**- respondió Malcador. -**¿Dónde está?**

-**En el portal exterior.**

-**Entonces debiste haberme llamado antes.**

Tras esto, apresuro visiblemente su paso, haciendo caso omiso de las altísimas bóvedas que le rodeaban, del sordo ruido de los motores de creación y de los destellos de los soldadores de arco. El aire se volvió más caliente. Pronto empezó a caminar a través de la roca desnuda, todavía marcada por los taladros que habían profundizado esa sección, tuvo que pasar por encima de serpenteantes cables forrados de bronce que reptaban a través de su camino.

Malcador lo encontró justo dentro de la primera puerta, con el sonido de los macro-martillos sonando a través de los oscuros arcos. Estaba de pie, mirando el portal sin terminar, con el rostro gris perdido en sus pensamientos.

Malcador se acercó a él y siguió su mirada. Era una puerta de enlace octogonal, de trescientos metros de ancho, reforzada con un collar de adamantium y rodeada de antiguas runas de Terra.

Un Titán podría haber pasado a través de esa puerta. Tal vez, con el tiempo, lo haría.

-**¿Para qué es?**- pregunto el observador.

La pregunta era prematura. El portal tardaría décadas en terminarse. Su inmenso marco, se abría ahora mismo, hacía nada más que la roca desnuda, una puerta a ninguna parte, realizada con un coste altísimo y en condiciones de absoluto y riguroso secreto.

-**¿Por qué estás aquí, Mortarion?**- preguntó Malcador, tan suavemente como pudo.

-**¿Para qué es?**- le replicó el Primarca.

Malcador colocó su envejecida mano sobre la espalda de Mortarion, invitándole a alejarse, pero sin ser tan tonto como para empujarlo, siguiera mínimamente. -**Ven conmigo. Tenemos que hablar**.

El Primarca le fulminó con su mirada. Sus rasgos, marcados por las toxinas, expresaron un profundo desprecio. -**Un día, anciano**- dijo, convirtiendo su guantelete en un puño, -**uno de nosotros te arrojara al polvoriento suelo, ya sin aliento. Tal vez sea yo**.

-**Sin duda, tienes razón. Ahora, por favor, aléjate de la puerta**.

-**¿Por qué? ¿Es peligrosa?**

Malcador ni siguiera levanto la vista para contestarle. Nunca le había gustado mirarle.

-**Todavía no**- dijo.

Lermenta no corrió de inmediato. Tan pronto como vio la confirmación de los datos de los augures, supo que era el final. Como uno de los síndicos de mayor rango del cuerpo administrativo de los archivos de Geryadha, estaba al tanto de cosas que la mayoría ignoraban, aunque ese día no encontró ningún placer en ello.

Había hecho su recorrido hacia abajo rápidamente, desde la torre principal de estadísticas, corriendo a través de filas y filas de estanterías, permitiéndose una breve punzada de dolor ante la inminente perdida, mientras los títulos desfilaban impávidos ante ella en la penumbra. En el mismo momento en que las alarmas aéreas empezaron a sonar, había logrado salir del archivo al aíre libre. Miro hacia arriba, como si pudiera ver las naves que sabía que se estaban colocando en posición sobre ella. El cielo era de un pálido verdoso, como lo era cada mañana de la temporada de diezmo. Había escasa belleza en ello, como en la mayoría de las cosas en Terathalion.

Agitadas columnas de fuego dispersaron ácido por la ciudad, como si de gotas de lluvia se trataran. Todo apestaba a cordita mezclada con el caliente aroma metálico del plasma en combustión. Ella se agacho bajo una unidad medicae destrozada, helada pese a estar en medio de los incendios. El viento producido por la tormento de fuego hacia que su ropa de erudita se pegara a su cuerpo.

Había visto escuadras enteras de Marines Espaciales, actuando como asesinos, moviéndose a través de la ciudad, matando a los supervivientes con escalofriante experiencia. No hacían ningún ruido, solo se oía el crujido de sus botas sobre los huesos y el grueso ladrido de sus descomunales bólters.

A ella no la asustaban, pero los demás se volvieron locos de pánico. Aquellos que aún podían andar, corrieron hasta los límites de la ciudad, creyendo que si lograban salir de la zona urbana, podían tener una posibilidad. Lermenta los miró desde su frágil refugio. Ellos hacían lo que sus instintos les decían que debían hacer, aunque eso les hizo espantosamente fáciles de matar. Ella solo pudo mirar, mientras hombres, mujeres y niños fueron muertos a tiros, rebanados por cuchillas o aplastados bajo las cadenas de los tanques desembarcados de grandes transportes. Terathalion había sido el hogar de más de mil millones de personas, esto requeriría, que hasta con una de las legiones Astartes al completo, les llevara un tiempo acabar con todos y cada uno de ellos.

Cuando tenía que moverse, se mantenía agachada y pegada a los restos de los edificios, los que aún permanecían medianamente en pie. El rococemento estaba caliente al tacto, quemaba a través de sus sandalias reglamentarias. No tenía un plan. Había poco que planificar cuando el planeta estaba siendo claramente desgarrado, todo lo que quedaba era un sentimiento tonto, un instinto animal, el querer permanecer intacta sólo un poco más de tiempo.

Fue al sur, hacia el antiguo curso del rio, donde estaban las tolvas industriales para el comercio de las piedras preciosas. Eran de plastiacero y adamantium, suficientemente resistentes como para resistir altas temperaturas, por lo que algunas de ellas podían estar en pie. Sentía su corazón latiendo firme y rápidamente, mientras correteaba entre los huecos de los muros.

Estaba tan absorta en la elección de una ruta que oyó el sonido de la bota al pisar, demasiado tarde. Maldiciendo en voz baja, hizo lo que anteriormente habían hecho todos los demás, comenzó a correr. No miro hacia atrás.

Tal vez no la habían visto, en cuyo caso, aún podría correr hasta escabullirse de nuevo en las sombras y escapar.

¿Tal vez no la habían visto?

Lo absurdo de la idea, era en parte divertida, a pesar de lo que presagiaba. Eran Marines espaciales. Lo oían todo, lo veían todo. Sin embargo, ella siguió corriendo, jadeando con la gruesa ceniza, restos de lo que supuso quedaba de una antigua fábrica de manufacturas. Giro rápidamente una esquina, patinando en la piedra lavada por la lluvia.

Delante de ella, se extendía un largo callejón, alineado por los cadáveres vacios de las carcasas destruidas de vehículos.

En el otro extremo, al final del callejón, lo vio, esperando.

Era enorme, mucho más grande de lo que ella hubiera podido creer, irradiando un aura de autoridad psíquica, tan asombrosa, que la dieron ganas de jadear en voz alta. Los propios elementos parecían huir de él, menos el agua de lluvia que hervía al contacto de la hoja de energía de su guadaña. Quería mirar hacia otro lado, pero aquellos ojos amarillentos sujetaron su mirada. Camino lentamente hacia ella, seguro y amenazador, a través de serpenteantes velos mortuorios de toxinas, agrietando la superficie de la carretera bajo su firme y pesado paso.

Por un momento, mientras miraba la cara que se acercaba, quedo impresionada sobremanera por solo una cosa.

Dolor. El rostro del Primarca estaba retorcido en lo que parecía una permanente mueca, medio escondido tras la silbante mascara de su respirador.

-**¿Qué quieres de mí?**- se las arregló para hacer que las palabras salieran de sus labios, mientras oía la llegada tras ella de más Guardias de la Muerte.

Mortarion le lanzó una mirada fulminante, como diciendo, no intentes nada conmigo. La agarró de la barbilla y la levantó ligeramente para poder mirarla bien, sosteniéndola entre los dedos de su elaborado guantelete y reposando la mirada un poco más de tiempo. Ella sintió como si mil cuchillos se clavaban en sus pulmones. Entonces, gracias a dios, él la soltó. Hizo un gesto a su séquito y Lamerta sintió como dos manos la agarraban por los hombros.

-**La tenemos**- dijo Mortarion, aunque no a ella, con una voz que sonaba como un látigo siendo arrastrado a través de hierro oxidado. -**Yo y ella volvemos a la nave. Podéis destruir lo que queda.**

Malcador llevó a Mortarion de vuelta hasta sus aposentos personales en lo alto de las laderas, con vistas a una gran extensión de grandes salones y torres del palacio. El Sigilita había pasado allí más de una vida mortal, convirtiéndolo en un lugar de gran belleza, un santuario, pero Mortarion apenas se dio cuenta de todo lo que allí se exhibía. El Primarca simplemente se quedó plantado sobre el pulido mármol, exudando vapores, con una rasposa respiración.

-**Me gustaría ver a mi padre, ahora.**

-**El Emperador no está disponible**- respondió Malcador.

-**¿Dónde está?**

-**No lo sé.**

Mortarion resopló. -C**onoces todos sus movimientos. Todos sus pensamientos.**

-**No. Ningún hombre puede saberlo**.

Mortarion comenzó a caminar, dando patadas y apartando a su paso, antiguos muebles, piezas de un incalculable valor. -**Él no puede mantenerme mucho tiempo más aquí. Está poniendo a prueba mi paciencia**.

-**Su legión le espera, ya se están haciendo los últimos preparativos. Podrá unirse a ellos muy pronto**.

Mortarion se volvió hacia él, con los ojos brillantes por la ira frustrada. -**Entonces, ¿Por qué retenerme aquí? ¿Hizo esto a alguno de mis otros hermanos?**

Malcador notó el borde de la sinrazón en la cara de su huésped, se preguntó si se estaba poniendo peor. Todo el gen de la progenie del 'Gran Proyecto' había resultado dañado por la dispersión, pero las heridas de Mortarion fueron más profundas que en la mayoría. Angron había sido dañado físicamente, la mente de Curze se había hundido en la oscuridad, pero Mortarion parecía haber sido dañado por ambas aflicciones. El deseo del Emperador de mantenerlo un tiempo en Terra antes de unirse a la Gran Cruzada, había sido iniciado con las más noble de las intenciones, al igual que el resto de las decisiones que, en conjunto, se habían realizado. Eso no significaba que la decisión hubiera sido correcta, ni que todos los venenos se pudieran extraer…

-Todos ustedes tienen diferentes talentos- explicó pacientemente Malcador. **-Y todos ustedes han sido sometidos a diferentes pruebas**.

-Ninguno de ellos ha pasado lo que yo- murmuro Mortarion.

-Sé que usted cree eso.

Mortarion entrecerró sus ojos a la brillante luz mientras volvía a contemplar el panorama del palacio. -**Desde que me trajeron aquí, no has hecho otra cosa que intentar enseñarme… Hablándome sobre la Verdad Imperial y sin embargo, está usted metido en la brujería hasta el cuello**- hizo una mueca bajo su respirador, se le formaron arrugas en las sienes de su grisácea pìel. -**Puedo sentirlo. Tan pronto como me vaya, regresaras a tu libro de hechizos**.

Malcador suspiro. Ya estábamos otra vez con eso.

-No hay tales hechizos Mortarion. Lo sabes.

-¿Qué esa puerta que están construyendo ahí abajo?

-Yo no he dicho que fuera una puerta.

-Tiene ocho lados. Está rodeada por símbolos rúnicos y se puede oler el incienso.

-Tu padre tiene muchos proyectos.

El Primarca asintió. -**Él lo hace muy a menudo. Comienza muchas cosas, y las descarta cuando pierde el interés. Hay momentos en los que creo que ha comenzado demasiadas y algunas volverán para atormentarlo.**

-Hay un propósito- respondió Malcador. -**Un diseño. Algunas cosas, él puede explicarlas ahora, otras, se explicarán más adelante. Todo lo que pedimos, todo lo que siempre hemos pedido, es un poco de confianza.**

Cuando Mortarion se movió, lo hizo sorprendentemente rápido.

Se dio la vuelta, llevando su mano semiabierta hacia abajo, agarrando al frágil Señor por su cuello y apretando. Malcador lucho por respirar, mirando hacia arriba, a la máscara de repentino odio que se cernía sobre él. El Primarca aun portaba sobre su armadura el hedor de Barbarus.

-**¿Confianza?**- silbó Mortarion. -**Veo tu inmundicia delante de mí, tan clara como el sol. Eres un hechicero, viejo, el hedor hace que me den ganas de vomitar**.

Por una vez, Malcador luchó buscando las palabras adecuadas. Podría haber utilizado su arte para defenderse, pero eso sólo enfurecería todavía más al Primarca. Había que ser sutil, había mucho en juego, la naturaleza del psíquico debía ser el uso adecuado de la mente humana, pero tales argumentos eran difíciles de formular con un guantelete blindado alrededor de la garganta.

Entonces Mortarion le soltó tan repentinamente como lo había agarrado, resoplando despectivamente cuando Malcador cayó a sus pies.

-**Debe pensar que soy un estúpido**- gruñó. -**Un campesino de Barbarus no encaja para seguir por el mismo camino que mis ilustres hermanos. Pero veo a través de ti, viejo. Veo lo que eres y te digo esto, nunca serviré en su cruzada, nunca mientras haya brujos entre nosotros**.

La cascada voz de Mortarion, estropeada por las toxinas, temblaba de fervor pero Malcador mantuvo la compostura. En un momento u otro, todos los Primarcas habían usado la fuerza en su presencia. Parecían disfrutar mostrando su superioridad física sobre él, como si estuvieran resentidos por el privilegiado lugar que tenía junto a su padre. Se había acostumbrado a dejar que los desaires, simplemente pasasen.

-**¿Realmente…significa…eso?**- logro medio preguntar Malcador, el ceño fruncido de Mortarion fue toda la confirmación que necesitaba. -**Muy bien. Tenía la esperanza de mostrarte esto más tarde… cuando las cosas estuvieran más preparadas… pero si las cosas están así, quizás servirá si lo hago ahora**.

Malcador sacudió sus ropas, tratando de disimular el daño que el asfixiante agarrón le había producido, hizo un gesto hacia un par de puertas de caoba que les llevarían a una cámara, normalmente estaban fuera del alcance de todos, excepto del Emperador y de él mismo.

-**Después de usted. Creo que encontrara esto… interesante**.

La cámara del Primarca en el 'Resistente' (Endurance) era claustrofóbica y estaba totalmente desordenada. Lermenta dejo que sus ojos la recorrieran, fijándose en los

montones de equipo usado, desperdigados a través del prensado suelo metálico. Quizás una vez, hubo allí un espacio ordenado, engalanado con finos artículos, más en consonancia con el aposento privado de uno de los hijos del Emperador, aunque ahora, esa cámara era el dominio de una mente que vacilaba al borde de la locura. Arrugados rollos de pergamino pertenecientes a colecciones esotéricas de mil mundos diferentes, cabezas de xenos disecadas, astrolabios, tableros de adivinación xenos realizados en palisandro, manuales de hierro encuadernados en cuero sobre numerología o cuchillos de pedernal de todos los tamaños con mangos atados con bramante.

El piso había sido grabado al agua fuerte con círculos concéntricos, cada uno marcado con una runa diferente. Rombos de hierro, también marcados con sellos, colgaban de cadenas desde el arqueado techo, girando suavemente bajo la tenue luz de las antorchas parpadeantes. El aire estaba viciado y tan caliente como la sangre.

Lermenta estaba fuertemente encadenada por las muñecas, el cuello y los tobillos, unida a un armazón de hierro situado en el extremo más alejado de la destartalada cámara, mirando hacia los círculos.

Tuvo que girar la cabeza para poder echar un vistazo a Mortarion. A su izquierda un portillo de observación ocupaba casi toda la altura de la pared de la cámara. Terathalion se podía ver a través del cristal blindado, seguía brillando en el vacío y poco traicionaba su presente dolor. Mortarion se colocó delante del portillo, respirando profundamente, viendo morir el planeta. De vez en cuando temblaba, sus guanteletes se apretaban o su respirador emitía un estrangulado silbido del aire expulsado. Había estado allí más de una hora. No había dicho nada desde que los sirvientes de la legión la habían dejado allí, frente a él, encadenada.

-**¿Hizo todo esto tan solo para encontrarme?**- pregunto Lermenta, cansada del forzado silencio.

Mortarion se volvió hacia ella lentamente. Cada uno de sus movimientos era deliberado, como si estuviera afectado por un terrible cansancio. De cerca, Lermenta pudo ver las heridas, apenas cicatrizadas, bajo la sombra de su capucha.

¿Qué podría haberle herido? ¿Qué, incluso, podría siguiera arañarle?

-**No del todo**- su voz, áspera y ronca al pasar por el respirador. -**Es bueno destruir un mundo de vez en cuando. Purifica el alma**.

Lermenta levantó una ceja. La voz del Primarca sonaba extrañamente febril.

Él paso cojeando delante de ella, situándose en el epicentro de los círculos con runas. Se cruzó de brazos y la miró. -**Durante mucho tiempo**- dijo -**creí lo que me dijo mi nuevo padre, que no existías, que solo eras un mito**.

-**Bueno, puede ver por sí mismo, que eso no es del todo cierto**.

-**Veo a una simple mujer mortal**- dijo Mortarion. -**Podría romperle el cuello, fácilmente, únicamente con uno de mis dedos**.

-**Encantador**.

Mortarion avanzó hacia ella, su torturado rostro la contemplaba con un extraño gesto, como ido. La miro como un hombre miraría un bulto que se acabara de descubrir.

-**¿Cuánto tiempo ha pasado ahí abajo entre ellos?**

-**Veinticinco años**- contestó ella.

-**¿Y el mortal cuyo cuerpo ocupas?**

-**En el olvido. Ahora ya no puedo preguntarle nada. Perdió rápidamente su mente, se volvió loca.**

-**¿Quién te envío aquí?**

-**No fui enviado**- contesto Lermenta. -**Yo lo escogí. Ahí abajo había cosas de un valor incalculable y ahora usted las ha destruido todas. Su hermano Magnus se enfadara mucho cuando se entere**.

-**No me hable de mis hermanos. De ninguno de ellos**.

Mortarion la estudiaba atentamente. Estando tan cerca, Lermenta podía oler los fuertes compuestos químicos de los sistemas de su armadura, el aroma afrutado de su aliento. Podía ver los minúsculos dardos de sus pupilas, los débiles espasmos alrededor de su boca.

-**Me resulta repugnante**- dijo él.

Lermenta se inclinó tanto como le permitieron sus ataduras. -**Usted no es menos asombroso para mí. Reboso admiración. Sinceramente, no esperé durar lo bastante como para poder verle en… esta cámara**.

La adulación no causo el menor efecto, la psique de Mortarion estaba tan habituada a desdeñar que no podía ver en esto, nada que no fuera otro velado desprecio. Lermenta casi podía oír la paranoia resonando en su mente, persiguiéndolo, erosionando su poderosa y herida alma.

-**Mis hermanos ya están usando a los de tu especie**- dijo Mortarion. -**Me dicen que Logar ha infectado de buen grado a sus guerreros, como Fulgrim**- Mortarion se estremeció. -**Me pregunto por qué lo han hecho. Cuanta hipocresía**.

-**No debería cuestionarlos. Ellos han visto el orden natural y lo han aceptado**- agregó ella.

Mortarion sonrió sin alegría tras el reciclador. Se dio la vuelta, haciendo un gesto hacia la recopilación de elementos esotéricos de sus aposentos. -**Estos son mis custodios**- dijo. -**Protecciones contra la oscuridad. La brujería es un cáncer. Debemos tener cuidado con ella**- Se movió hacia uno de los rollos y ociosamente paso un dedo sobre el texto. -**Los antiguos terranos creían en un dios. Infinito. Omnipotente. Eso les dio un enigma ¿cómo describir la perfección? ¿Qué palabras deberían bastar?**

Mortarion arrugó el pergamino en su puño. Sus dedos estaban casi temblando.

-**Todo lo que ellos dejaron fue la vía negativa, todo lo que su dios no era. Y cuando agotaron todas las cosas que no podían ser, lo que permaneció en el punto ciego que crearon fue su auténtica naturaleza**- se volvió para mirarla y nuevamente se evidenció la repugnancia que sentía. -**Me rodeo de todo lo que mantiene a raya la disformidad, ya que la odio. Todo lo que toca, lo corrompe. Yo, la busco y la destruyo**.

-**Y, sin embargo**- dijo Lermenta -**de todas las almas de este mundo, eligió preservar la mía**.

El párpado derecho de Mortarion se crispo. -**Por ahora**.

-**¿Por qué?**

Se acercó nuevamente, Lermenta hizo todo lo que pudo para no retroceder más allá de sus ataduras. -**Estoy rodeado por los condenados**- dijo. -**Jaghatai tenía razón. Estoy solo entre ellos. El éter (aether) lo mancha todo. Pero lo entenderé. Y lo venceré**.

-**Oh, qué pena. Acabará descubriendo que nada puede vencerlo**.

El Primarca se cernió sobre ella, su ensombrecido rostro, hirviendo por un viejo resentimiento. -**Todas las cosas pueden vencerse**- dijo entre dientes. -**Su última tarea demonio, será mostrarme cómo**.

Malcador introdujo a Mortarion en una cámara estrecha. El único mobiliario era una mesa larga y baja, envuelta por una seda negra. Cuando las puertas se cerraron tras ellos, la habitación se sumió en una aterciopelada oscuridad.

Malcador hizo un gesto con el dedo índice y un holograma surgió sobre la mesa, diminutos puntos de luz flotaron en al aire, brillando como pequeños diamantes. Era un mapa tridimensional del sector galáctico.

-**Nos costó mucho tiempo encontrar el lugar adecuado**- dijo Malcador, la pantalla se fue ampliando gradualmente. –**Mucho, pero que mucho tiempo**.

Observó cómo los ojo perspicaces y desconfiados de Mortarion tomaban nota de cada detalle. Las trayectorias de las naves y lo registros de las cargas, parpadeaban al desplazarse las listas.

-**Luego llegaron las negociaciones con Marte. Pensé que estarían encantados de ayudar, pero siempre hay dificultades de última hora. Pero el trabajo, me siento muy feliz al decir esto, está avanzando**.

El holograma continuó con un enfoque más cercano. Un planeta surgió y se agrandó, su agrietada superficie estaba sembrada por líneas de fallas tectónicas.

-**¿Dónde está ese lugar?**- pregunto Mortarion.

-**Usted me dice que va a negarse a servir en las legiones si el potencial psíquico permanece en ellas**- dijo Malcador, observando la proyección en continua expansión. -**Le creo. Es un asunto que ha estado en la mente del Emperador**

durante generaciones. Hay complejidades que superar, pero gran parte de su trabajo y esfuerzo se ha invertido en esta cuestión. Y esta es parte de la respuesta.

Mortarion contempló la representación del planeta que tenía ante él. Había imágenes borrosas de enormes motores de vacio del Mechanicus en órbita baja, de artefactos de terraformación siendo instalados en un ambiente claramente hostil. Otras proyecciones brillaron, un enorme complejo, surgiendo de un desolado paisaje de ceniza volcánica, irradiando desde una especie de arena central.

-**Imagínese**- dijo Malcador. -**Si se pudiera encontrar un camino para eliminar la disformidad de las arterias del Imperio. Si los ejércitos de la humanidad pudieran viajar sin usar el gen de los navegantes. Si lo psíquicos pudieran ser retirados de las Legiones, de manera constante y con precaución. Ya hemos comenzado a preparar ese día. No va a ser fácil, porque hay poderosas fuerzas alineadas contra nosotros, tanto dentro como fuera**.- Malcador arrastro el zoom, deteniéndolo sobre una arena, un anfiteatro, a medio construir. Un espacio colosal. Un palacio por derecho propio, excavado en la herida volcánica de otro mundo.

-**Esto es Nikaea, Mortarion. Es un mundo con un destino y usted, tendrá un importante papel que jugar allí**.

Mortarion parecía estar atrapado entre dos sentimientos, su perenne desconfianza y la fermentación de una innegable curiosidad.

-**¿Qué me está diciendo?**- preguntó a regañadientes.

-**Qué se valore Mortarion. Va a ser poderoso, tan fuerte como los huesos de la tierra, y un pilar de la visión de su Padre**.- Malcador se atrevió a acercarse a él, para apoyar su frágil mano sobre la colosal muñeca del Primarca. –**Siga fiel a nosotros y él le dará eso. Usted hablará allí, para exponer su caso ante los ojos de todo el Imperio, para desahogarse de todas las cosas que hasta ahora, ha llevado sin ayuda. Por ahora, forzosamente, debemos construir un imperio con herramientas prohibidas. Pero un día, todas esas cosas no serán necesarias**.

Los ojos de Mortarion permanecieron fijos en la arena. Era como si ya se imaginara a si mismo allí, en pie.

Durante mucho tiempo, no dijo nada. Luego, lentamente, su actitud cambió.

-**Cuéntame más**- dijo.

-**Eres un tonto**- dijo Lermenta, interesada en ver hasta dónde podía empujar al Primarca. Supuso que no demasiado lejos, ya se tambaleaba por si solo al borde del precipicio. Había oído hablar de lo que le habían hecho a él en Barbarus y no se sorprendió ante el monstruo que habían creado. En cierto modo, era un milagro que algún le quedaran rastros de cordura.

-**He aprendido muchas cosas**- jadeó Mortarion, señalando los objetos arcanos esparcido por el suelo. -**Su especie puede ser rechazada. Pueden ser atados, confinados y contenidos. Pueden ser utilizados como simples cuchillos y luego, enviados de nuevo a los infiernos que les engendraron**.

Lermenta tuvo ganas de reírse en su cara. Había oído las mismas tonterías un millar de veces de otros mortales, durante eones, cada uno de ellos convencido de que sólo él, había encontrado la manera de utilizar a los dioses en su provecho sin pagar precio alguno.

-**Déjame que te hable del empíreo**- dijo. -**Hay grandes fuerzas en el éter, uno de ellos hizo grabar con ácido su nombre sobre su oxidado y corrompido trono. Él te está esperando, aunque no por mucho más tiempo. No importa cuántas baratijas, parloteos o gestos, tengas o hagas, no lo impedirán. Él así lo ha proclamado, te reclamara a su lado.**

-**¡Nadie me reclamara!**- gruño Mortarion. -**¡Ni siquiera mi padre podría reclamarme! Yo, ya era culpable de parricidio antes de que las semillas de la traición fueran sembradas en el corazón del Señor de la Guerra. Lo he visto todo desde fuera, los tiranos, los brujos, la suciedad xenos. Estoy solo, puro del todo, libre de corrupción**.

-**Yo no te veo tan puro**.

El Primarca la fulminó con la mirada. -**Puedo obligarte, demonio. Conozco las palabras, las constantes numéricas que te atan, te arrastraras y doblegaras de una forma u otra. He estudiado estas cosas. No es brujería, es la razón científica**.

Lermenta sintió entonces un auténtico desprecio. La dañada figura ante sí no tenía ningún verdadero conocimiento, solo falsas esperanzas y señuelos. El favorito de su propio maestro, Magnus, ah, ese sí que era uno que realmente entendía los misterios del empíreo e incluso él, había sido engañado.

-¿**Desea saber la verdad?**- preguntó.

Mortarion se acercó. -**Voy a saber la verdad**- dijo entre dientes.

-**Te la puedo mostrar**.

-**Destruí un mundo para encontrarte. Dame el conocimiento**.

Lermenta sonrió dulcemente. -**Muy bien**.

Ejercer su poder era trivialmente fácil. La mayoría de las barreras y sortilegios que Mortarion había reunido para mantenerla sujeta eran vergonzosamente débiles, sólo una cosa en la cámara tenía poder para hacerla realmente daño.

-**Esta es la verdad**.

Sus ataduras saltaron hechas añicos. Su cáscara humana cayo, desprendida con un manto ensangrentado, revelando su verdadera forma insectoide y brillante. Se lanzó contra el Primarca, sus mandíbulas obscenamente abiertas, sus garras arañándolo.

A Mortarion lo tomo totalmente por sorpresa. Era su única ventaja y la usó, ataco su armadura veteada por la grasa frenéticamente, tratando de roer la carne de dentro.

Un pesado puño martilleo hacia abajo, tratando de alcanzar su cabeza, pera lo esquivó con facilidad. Clavo una garra en su vientre, penetrando profundamente.

Provoco un rugido de dolor.

Por los dioses, que estaba disfrutando con eso.

Su fuerza física era enorme, pero eso no le ayudaría, porque ella era una criatura no física, encadenada únicamente por veleidosas y temibles leyes.

Necesitaba que recitara el conjuro, la velada invocación. Ella lo hirió de nuevo, le incitaba como a un enorme taurodon, mientras su ira le hacía acercarse a la locura.

-**¡Desterrar!**- rugió mientras ella se reía de él. **¡Vuelve a la disformidad!**

Agitaba los puños. Tratando de aferrarse a ella, de arrastrarla hacia abajo. Se deslizo entre sus dedos como una anguila, dejando su marca, nuevas marcas de garras en su ya maltratada coraza. Los dos se balancearon hacia el círculo, y ella sintió el poder

de las protecciones que se superponían en el aire, desgarrando su carne mientras pasaba a través de ellos.

-**¡Hazlo ya!**- se burló ella, dándole bofetadas en la cara. -**¡Haz lo que viniste a hacer!**

Se resistió, tratando de desgarrarla con sus manos, apoyándose en la fuerza inconmensurable de su musculatura post humana.

Lermenta le escupió y su ácida saliva obstruyo su ojo.

Funciono.

-**¡Barbaroí!**- rugió y las runas grabadas alrededor de la cámara se encendieron, volviendo a la vida. De repente, un viento caliente aulló desde el centro de los círculos, arrebatando su verdadera esencia, desgarrando su piel. -**¡Gharáz! ¡Baghammon'echzhaza**!

Ella no pudo evitar gritar, aunque el dolor se mezclaba con la fría satisfacción por lo que había provocado.

Mortarion mantuvo el canto y con él continuaron sus etéreos golpes, moviéndose en espiral con el relámpago de la disformidad, causaron un daño real. Él la golpeó contra la estructura de hierro que la había sostenido, rompiendo con sus golpes su caparazón estomacal.

-**Bueno, al fin, ya viene a por ti**- dijo entre dientes a través de sus sonrientes y ensangrentados colmillos. -**No ha podido resistirse**.

El glorioso hedor de la hechicería recién usada y de las protecciones mágicas era penétrate e ineludible. Pese a todas sus protestas, estaba dentro de los circulos y la estaba usando.

-**No te burles de mi**- gruño Mortarion, rociando de escupitajos la rejilla de ventilación de su respirador. -**¡Heijammeka! ¡A mí nadie me torea**!

Lermenta se recostó contra la pared, sintiendo como su alma se retiraba al empíreo. El Primarca ahora la estaba partiendo en pedazos, golpeando furiosamente con sus puños, derramando toda su furia sobre su roto caparazón físico. No era difícil sentirse impresionada, ella sería la primera, viendo un fragmento de lo que con el tiempo, él llegaría a ser.

Aquí, por encima de los ardientes restos de Terathalion, estaba naciendo el futuro Señor de la Muerte.

Cuando ella murió y mientras su quintaesencia era succionada de regreso dentro de las fauces del éter, logró hacer un último y burlón saludo. -**¡Salve, Maestro de la Plaga!**- exclamó a través de sus arruinadas mandíbulas. -**Por los dioses, aprendes rápido**.

Entonces el universo mortal se rasgó y la disformidad se precipito sobre ella como una marea.

Mortarion se puso de pie, respirando con dificultad sobre los aplastados restos de Lermenta. Podía oler el icor en sus guanteletes. No era sangre, sin embargo, lo manchaba abundantemente.

Sus corazones latían al unísono, pese a que el combate le había enfermado. Quería vomitar, expulsar el mal cuajado que colgaba pesadamente en su estómago.

Pero también, había algo más. Recordó las promesas de Malcador, las suaves palabras pronunciadas, por lo que parecía, hacia un siglo.

Llegará un día en el que todas esas cosas ya no serían necesarias.

El Sigilita se había equivocado en eso. Equivocado o mintió. Ese día no llegaría y no tenía sentido pretender lo contrario. Ahora, todas las viejas certezas tendrían que ser revocadas, incluso las más antiguas, forjadas en las nubes de gas de un mundo expósito al que había amado y odiado.

También recordó las palabras que él había pronunciado.

Nunca serviré en su cruzada, no mientras haya brujos entre nosotros.

Durante mucho tiempo, él había sido utilizado por todos. Nikaea era cosa del pasado y las promesas allí realizadas, habían resultado ser huecas. Ahora, el espacio hervía aún más con la brujería.

Bajo su mirada hacia el suelo grabado, a las protecciones, los símbolos y las runas. Tendría que aprender más. Tendría que dominar todos los caminos de los poderes ruinosos. Como quizás él debería haberlo sabido hacía ya mucho tiempo, tendría que hacer las cosas que tanto odiaba.

-Que así sea- gruño, retrocediendo de nuevo hacia el centro del círculo arcano. -Empezare aquí.

FIN DEL RELATO